

JUICIOS

JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI, *El latín en Colombia*. Bosquejo histórico del humanismo colombiano. (Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, tomo III). Bogotá, Editorial Voluntad, S. A., 1949. viii-486 págs.

Le livre de M. Rivas Sacconi, d'une information ample et précise, sera apprécié par tous les amis des humanités, non seulement parce qu'il ouvre des horizons nouveaux mais prouve combien profonde fut la pénétration des études latines en Amérique du Sud, au point de pétrir entièrement son originale et attrayante culture. Le premier humanisme colombien est un reflet de la société européenne du xvi^e siècle. Le fondateur de la colonie, Gonzalo Jiménez de Quesada (1499-1579) était un véritable homme de la Renaissance. Conquistador et organisateur, il cultive cependant l'historiographie, la poésie et l'éloquence. L'universalité de ses connaissances, ses qualités plus simplement humaines s'étaient sur une solide formation classique. Avec son contemporain Juan de Castellanos (1522-1607), l'humanisme s'implante définitivement. Les œuvres de cet écrivain sont spécifiquement américaines déjà, aussi bien par le lieu de leur composition que par les thèmes traités. Les *Elegías* sont pleines de réminiscences virgiliennes et certaines octaves de l'œuvre sont mi-castillanes, mi-latines. Dès 1563, les dominicains fondent une première école latine, bientôt suivis par les jésuites dont les collèges s'ouvrent dans toutes les villes de quelque importance. Les programmes scolaires sont copiés sur ceux d'Espagne. En quelques années le latin devient la langue vivante du monde cultivé, universitaire et ecclésiastique. Fait curieux, les missionnaires enseignent aux tribus indiennes le latin de préférence à l'espagnol et leur apprennent à prier dans la langue de l'Eglise. Le xvii^e siècle voit le complet épanouissement de la culture latine. Les traités didactiques manuscrits se multiplient: la Bibliothèque Nationale de Bogotá en possède une importante collection que l'auteur étudie avec soin. La figure dominante de cette période, Fernando Fernández de Valenzuela, compose un *Thesaurus linguae latinae*, première étude de grammaire spécifiquement colombienne. Au xvii^e et au xviii^e siècles naît une véritable littérature latine secondée par l'introduction de l'imprimerie en 1738. Cependant, bientôt des réformistes s'élèvent contre la conception traditionnelle des humanités: les sciences naturelles revendiquent une place toujours plus importante dans les programmes et la langue castillane remplace le latin dans les activités académiques. Avec l'avènement de la république, on procède à une réforme complète de l'enseignement.

Le restaurateur des humanités est Miguel Antonio Caro. Il ne se contente pas de rénover l'enseignement grammatical, mais il publie une des plus belles traductions de Virgile en vers espagnols. Son influence demeure vivace dans les nouvelles générations: les études philologiques, les traductions, les éditions et les commentaires se multiplient et font augurer pour les études latines un fécond avenir. Nous avons essayé d'esquisser à travers le beau livre de M. Rivas Sacconi les grandes étapes d'une histoire glorieuse scrutée par l'auteur avec une minutie digne de tous les éloges.

LOUIS BAKELANTS.

(En *Latomus*, Revue d'études latines. Bruxelles, tome X, fascicule 3, juillet-septembre 1951, pág. 365).

* * *

Las provincias y virreynatos de ultramar siguieron desde sus comienzos las orientaciones culturales europeas que les llegaban a través de España. Aún está sin hacer una historia general de la penetración y evolución de la cultura europea en suelo americano. Para que este vacío de la historia de la cultura se llene es preciso que antes algunos esforzados investigadores y eruditos vayan sacando a luz trabajos parciales en los que se reúnan y elaboren las noticias que los archivos, bibliotecas y libros antiguos atesoran. Este es el carácter y el valor de la presente monografía de R. S. que ha publicado el prestigioso Instituto Caro y Cuervo.

En ella se reúne, sistemáticamente, una innumerable cantidad de datos y noticias sobre la penetración y difusión del latín en el viejo Reino de Nueva Granada y la moderna República de Colombia. La tardía llegada de la imprenta y la cultura esencialmente eclesiástica y jurídica — y eso sin grandes figuras de especuladores originales — transmitida en sus colegios, hacen que nunca brillen con resplandores propios las humanidades clásicas en Colombia durante la época colonial. Sin embargo, no están nunca ausentes las preocupaciones humanistas desde la primera generación de los conquistadores, como pone especialmente de relieve la rica personalidad del fundador Jiménez de Quesada, de quien R. no vacila en decir que fue "esencialmente un humanista". Más hondamente renacentista y hombre de gran cultura literaria, buen latinista, fue Juan de Castellanos, el poeta, que natural de un pequeño lugar de Sevilla se trasladó muy joven a América y es una típica figura de su tiempo. En la primera mitad del XVII se fundan los primeros colegios neogranatenses que representan el primer paso hacia una fijación institucional de la cultura, sin la cual no ha arraigado nunca ésta en nuevas tierras. Durante todo el resto de la época colonial el latín es instrumento de los estudios, un poco rutinarios y adocenados, de los colegios; se enseña según el *Arte* de Nebrija o alguna de sus refundiciones tardías, como la del Padre Luis de la Cerda, el célebre comenta-

rista de Virgilio, o la difundidísima Gramática de Alvarez, sin que llegaran los aires renovadores o científicos, que, por otra parte, tampoco dominaron nunca en los colegios españoles.

Algunas figuras hispanocolombianas, porque alguno de ellos nace o acaba sus días en la Península, dan cierto brillo a algunos momentos: Fernández de Valenzuela, Fr. Andrés de S. Nicolás, Martínez de Ripalda; pero sus obras, si veían impresas la luz, era a través de prensas europeas. El espíritu científico y la reacción favorable a la lengua vulgar común en el siglo XVIII, halla eco en Colombia, pero sin dar especial carácter a la cultura nacional.

Una crisis representan los años de la guerra y los comienzos de la independencia, después de la cual, en la segunda mitad del XIX, aparece uno de los más ilustres espíritus colombianos e hispanos, en general, del siglo XIX, Miguel Antonio Caro. Su obra de traductor, imitador, gramático y latinista, que sabe redactar un buen latín, es considerable y a ella presta R. gran atención (págs. 347 a 418). Junto a él, Rufino José Cuervo, el gran lingüista colombiano, colaborador de Caro en la *Gramática latina* e influido como él por las doctrinas lingüísticas de Andrés Bello.

La obra de R., brevemente reseñada en estas líneas, supone un inapreciable acopio de datos, en gran parte hasta ahora desconocidos y reunidos por primera vez sistemáticamente en este volumen. Es deseable que empresas semejantes se acometan en todos los rincones del mundo americano; con ellas nos será al fin posible comprender la peculiar evolución de la cultura en los países hispanos de ultramar.

A. FONTÁN.

(En *Revista de Filología Española*, Madrid, tomo XXXV. Cuadernos 1^o-2^o, enero-junio de 1951, págs. 160-161).

* * *

Ya anteriormente había publicado el señor Rivas Sacconi varios trabajos sobre la tradición humanística de Colombia. Ahora los refunde y sistematiza en un amplio estudio que abarca cronológicamente desde la conquista hasta la actualidad. Al latín se limita porque, como él mismo afirma, decir humanidades, en Nueva Granada, es tanto como decir latín (aun es dudoso que la figura cumbre del humanismo colombiano moderno, Miguel Antonio Caro, conociese el griego). Pero en ese campo, ¡qué industrioso cultivo, qué ardiente dedicación, qué espléndidos frutos! No hay en la obra de Rivas Sacconi pasión nacional: la brillantez del cuadro es toda objetiva y brota del dato y del documento histórico. Ante el lector aparecen las figuras notabilísimas de aquellos conquistadores humanistas, como el adelantado Jiménez de Quesada, capaces de citar, en sus arengas bélicas, a César y a Catón, o de dedicar sus ocios castrenses a escribir versos latinos. Los soldados

del xvi, como Rivas dice, dieron cosecha de obras intelectuales; los que fueron en pos de ellos, funcionarios, clérigos, militares, aportaron su inteligencia. En el siglo de la conquista se fundan las primeras escuelas de latinidad; de la emulación entre las órdenes religiosas se beneficia la cultura: dominicos, franciscanos, jesuitas, multiplican los estudios, y surgen las Universidades del Rosario, de Santa Fe, y de San Francisco Javier. En el siglo xvii la vida cultural está dominada por la omnipresencia del latín. La vida de las escuelas surge en animadísima evocación, en la que nada es imaginativo o retórico, sino que la amenidad brota de la pura erudición documental. El latín llega a la población indígena. Aparecen las bibliotecas, y aún sería más rápido el progreso intelectual si la introducción de la imprenta no hubiera sido relativamente tardía. La evolución intelectual de Nueva Granada, hace notar Rivas Sacconi, no es de las más precoces en el Nuevo Mundo, pero sí de las más firmes, estables y seguras. En el xviii empieza la verdadera vida intelectual novogranatense, pues lo anterior pertenece a los peninsulares. Y hallamos aquí una valiosísima afirmación: "la uniformidad de normas educativas, que no obedecía a principios absorbentes, sino a razones de conveniencia, iba acompañada por prácticas descentralizadoras... Cuando el soberano permitía o disponía tales fundaciones [las de las universidades indianas], echaba, sin saberlo, las bases de las nacionalidades futuras..."

Tras de la época de los dictados o *mamotreto*s viene la bibliografía impresa, tan influida por los humanistas peninsulares y, sobre todo, por Nebrija. Destácanse figuras como la de Valenzuela, con su abigarrado *Thesaurus*, y la del Agustino Recoleta Fr. Andrés de San Nicolás. Llegamos así al siglo xix, que había de ser, como en tantos otros países, época de decadencia y casi de colapso para el humanismo colombiano. Llegóse, a mitad del siglo, a la supresión total del latín en la enseñanza oficial, y la lengua de Virgilio hubo de acogerse a seminarios eclesiásticos y colegios de religiosos. Aun en esta época hay detalles dignos de alabar. En los momentos de iniciación de la decadencia vemos el reglamento de las cátedras de latinidad de Medellín y Antioquia, cuyas normas pedagógicas, aun vistas a distancia de casi un siglo y medio, parecen acertadas y valederas. Llegase a nuevo florecimiento con Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro, que en 1867 publicaron su *Gramática latina para el uso de los que hablan castellano*. La figura prócer de Caro es estudiada ampliamente, con fervorosa admiración: "para el extranjero" — dice Rivas — "Colombia es la tierra de Caro, y Caro el traductor de Virgilio". La devoción por el humanista que sintió en sí, como pocos, el orgullo de la romanidad, se contagia al lector. Y en lo contemporáneo, aunque tal vez un deseo de recoger lo más posible haya llevado al catálogo de Rivas nombres y títulos de escasa importancia, la vitalidad de los estudios latinos en la república novogranatense es una magnífica realidad, enorgullecadora para ella y para la nación que sembró los gérmenes de su cultura, y cuyos méritos,

sin lirismos ni alharacas, sino con la sencillez de la verdad, se reconocen, con filial afecto y nobleza, en la obra que reseñamos.

M. MARÍN PEÑA.

(En *Emérita*, Boletín de Lingüística y Filología Clásica. Madrid, tomo XVIII, semestre 2^o, 1950, págs. 558-560).

* * *

Obra de grande valor documental e que não só testemunha largamente a importância histórica do humanismo colombiano, mas também patenteia o alto nível atingido pelos estudos clássicos no Instituto Caro y Cuervo, cujo director é precisamente o Prof. José Manuel Rivas Sacconi. Índice: Nota preliminar, pp. vii-viii, I — Conquistadores humanistas, pp. 1-40; II — Lengua de cultura, pp. 41-88; III — Tratados didácticos, pp. 89-121; IV — Fernando Fernández de Valenzuela, pp. 123-140; V — En la senda de Nebrija, pp. 141-154; VI — Fray Andrés de San Nicolás, pp. 155-168; VII — Literatura en latín, pp. 169-228; VIII — Tiempo de transición, pp. 229-280; IX — Mariano del Campo Larraondo, pp. 281-297; X — El Ochocientos, pp. 299-346; XI — Miguel Antonio Caro, pp. 347-418; XII — La edad contemporánea, pp. 419-453; Apéndice (Epigrafía), pp. 455-457; Addenda, p. 458; Advertencia [nota de vários trabalhos do Autor que aparecem refundidos neste livro], p. 459; Índice de nombres, pp. 461-484; Corrigenda, p. 486. Dois parágrafos da Nota preliminar:

“El latín en Colombia es el humanismo colombiano. Los estudios griegos, limitados y esporádicos, no han formado tradición. En la colonia, el griego no se enseñó en Santa Fe, aunque hubo varios entendidos en dicha lengua, al decir del P. Gilij. Cuando, en la época republicana, el griego hizo su aparición en los programas escolares, como en los de 1826, se trató más de normas que reflejaban una aspiración, que de disposiciones efectivas. El conocimiento de la literatura helénica ha sido generalmente indirecto, por mediación de la latina y de las modernas. Na han faltado, sin embargo, destacados cultores de las letras griegas: de ellos hago la debida mención” (p. vii).

“La marcha de los estudios humanísticos en suelo colombiano se desarrolla en tres grandes períodos: el colonial (caps. i-vii), el de transición (caps. viii-ix) y el independiente (caps. x-xii). El primero y el último tienen caracteres peculiares, que responden a las condiciones imperantes en los dos tiempos. Entre ellos se tiende, a manera de puente, un lapso de cincuenta años, que participa de la naturaleza de ambos. En la primera época —la más rica—, descuellan las figuras de Fernando Fernández de Valenzuela y Fray Andrés de San Nicolás; en la segunda, la de Mariano del Campo Larraondo; en la tercera, la de Miguel Antonio Caro. A estos autores se dedican sendos capítulos. Caro, depositario en los tiempos modernos de la tradicional cultura novogra-

natense, representa la síntesis de las dos grandes edades de nuestra historia" (p. VIII).

(En *Humanitas*, Coimbra, vol. III, 1950-1951, págs. CLXXXIII-CLXXXIV).

CUARTILLAS DE RANGER

Acabo de sacar del correo una joya: el tomo VII del Boletín del Instituto Caro y Cuervo.

La labor desarrollada por el joven humanista doctor José Manuel Rivas Sacconi está fuera de toda ponderación. Con vocación de apóstol y secundado por un brillante grupo de colaboradores, entre quienes figuran Rafael Torres Quintero, Francisco Sánchez Arévalo, Fernando Antonio Martínez, Luis Flórez, Antonio Curcio Altamar, Ismael Enrique Delgado Téllez, Rubén Páez Patiño, Jorge Páramo Pomareda, Efraím Rojas Bobadilla, Antanas Kimsa y Carlos Valderrama Andrade, el doctor Rivas Sacconi entrega ahora a la cultura colombiana este nuevo volumen del Boletín, este *Thesaurus* como muy bien lo ha calificado. No cuenta aquí la modestia del sabio cuando escribe: "Con este volumen cumple el Boletín del Instituto Caro y Cuervo siete años de existencia; y, al llegar a esta altura, que es como la mayor edad para una revista, comete la audacia de darse un nombre: *Thesaurus*". Y un párrafo más adelante, agrega:

"Si la mentalidad medieval vio en el *thesaurus* la suma del saber, ya el espíritu renaciente redujo la palabra al dominio lingüístico, con particular aplicación a los repertorios lexicográficos: así desde los "tesoros" de los Estienne hasta el monumental que las cinco academias germánicas consagraron a la lengua latina, pasando por el de Covarrubias, piedra fundamental de la lexicografía española.

"Repertorio es este Boletín en que los estudios lingüísticos, y los lexicográficos en especial, ocupan lugar principalísimo. La continuación del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* constituye uno de los principales objetos del Instituto. En este punto, el presente volumen marca una época, porque ofrece la primera monografía totalmente elaborada de esa continuación".

Como es sabido, don Rufino José Cuervo no alcanzó a escribir, de su grandioso y único diccionario, sino hasta las papeletas correspondientes a la letra D. Así fue editado el diccionario; desde la A hasta la D. Pero don Rufino dejó listas algunas papeletas de la letra E, desde EA hasta EMPERO. Estas papeletas se han ido publicando en anteriores entregas del Boletín.

Lo que se publica hoy, EMPEZAR, es arreglado por la comisión correspondiente del Instituto Caro y Cuervo, sobre los materiales lexico-

gráficos legados por el ilustre Cuervo, "incompletos tanto en el aspecto de la documentación de los ejemplos como en el de la redacción monográfica y en el de la etimología".

Como muy bien se dice en el prefacio "este volumen marca una época".

Entre los estudios publicados, tiene para nosotros bolivarenses especial interés el de Luis Flórez, intitulado *El español hablado en Segovia y Remedios*, región antioqueña rayana con Bolívar, aún después de la segregación del nuevo departamento de Córdoba.

Luis Flórez es un discreto y antiguo colaborador del Boletín y sus trabajos lexicográficos lo acreditan como entendido. En alguna ocasión comenté un estudio de él sobre el castellano de algunas zonas de nuestro departamento.

El veterano lingüista doctor Augusto Malaret, de Puerto Rico, autor del *Diccionario de americanismos* y de veinte obras más sobre lingüística y lexicología, aporta a este número del Boletín un fragmento de su *Lexicón de fauna y flora*. Como para el Suplemento (2 tomos) de su Diccionario, el doctor Malaret me ha hecho el honor de incluirme entre los autores que él reputa autoridades, con la sigla DBH, debo, pues, al favor de aquel sabio y noble amigo, estar al lado de nombres como los de Caro y Cuervo, Uricoechea y Suárez, Félix Restrepo y Uribe Uribe, y no de ahora, sino desde 1936. Que algo de aquel resplandor me toque son mis deseos.

Yo no sé, pero cuando tengo delante de mi vista libros como este Tesoro, se me ensancha el corazón y pienso en la gran patria de los libertadores, de los héroes y de los letrados, rigiendo la cultura continental con inteligencia, ponderación y brillo, sin esos egoísmos mezquinos que engendra el centralismo desaforado, sin hajezas ni ardides de mala clase, la Colombia culta y guerrera que se precia de haber arrullado en su cuna a hijos como José Asunción Silva, Guillermo Valencia, Julio Flórez, Julio Garavito Armero, Tomás Carrasquilla, Antonio José Restrepo, Carlos Martínez Silva, Rafael Núñez y tanto grande que nos honra.

Si alguna vez se ha decretado la Cruz de Boyacá con sobra de justicia fue cuando le fue concedida al doctor Rivas Sacconi. No se puede negar que hay grandeza en un país que honra así a los próceres de la inteligencia y del saber.

RANGER.

[Donaldo Bossa Herazo]

(En *El Figaro*, Cartagena, 28 de junio de 1952).